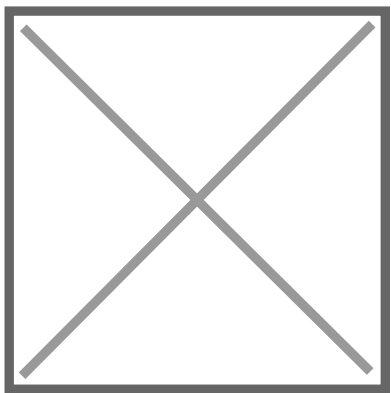




DAVID BENAVENTE, AUTOR DE TEATRO:

"TODOS TENEMOS TEJADO DE VIDRIO NO SE PUEDE EMPEZAR"

—**SABES** que el único problema que le encuentro a tu "máquina" es que se le olvidó consultar al candidato.

—Candidato es lo único que tengo seguro.

—El problema es que no tengo ningún interés en ser director ejecutivo de ningún canal de televisión por el momento.

—Oye, ¿y cómo no te va a interesar si hace dos semanas era lo único que te interesaba?

—Eso fue hace dos semanas.

—No se puede estar cambiando día por medio, tampoco.

—Yo sabré al cambio de idea día por medio.

—[El canal de más alta audiencia del país a tu entera disposición y te encerrado en la pieza con la cabeza metida adentro del cliente].

—¿A disposición de tu partido, querido decir.

—No metamos al partido.

—Lo único que los interesa es mandarnos en la televisión. ¿Para eso me quieres?

Este medio minuto de la última obra teatral de David Benavente —sociólogo como primera profesión— muestra en vacuo resumen los conflictos interiores y exteriores de un joven intelectual de los años 70 y su convulsión entorno. Sus propios conflictos y los de su generación.

Atreverse a ir contra la corriente siempre es complicado. Y contrario-dies años después, más complicado todavía. No deja de asaltarle la duda al autor sobre si su "Tejado de Vidrio" será bien comprendido por los que vivieron el proceso como él. "Lo importante es que no opinen sin ver la obra completa". Y explica: "Todos tenemos tejado de vidrio. También yo. Y si no lo reconocemos no se puede establecer un diálogo verdadero".

El, como su personaje principal, el Nato (Cristián Campos), fue un joven sin padre y con una madre ausente. Con todas las obsesiones y todos los traumas de un muchacho educado en colegio católico con rígidos profesores. Desorientado entre los prejuicios políticos que surgen de su formación y de su familia y los que vienen de la nueva clase que emerge: la de sus amigos, los intelectuales de izquierda por un lado y la del campesino que lucha por sus derechos.

Este Benavente, que reivindica en el teatro el derecho de la cultura y de los intelectuales a no alinearse políticamente, tiene su propia historia de carne y hueso.

CON HONESTIDAD Y SIN VERGÜENZAS BENAVENTE MUESTRA SU TEJADO DE VIDRIO PARA QUE CUALQUIERA MIRE Y CRITIQUE (SI QUIERE) LAS MAGULLADURAS PERSONALES Y LAS DE SU GENERACION. LA QUE EN 1972 SE COMPROMETIO O NO SE COMPROMETIO CON EL PROCESO; LA QUE ODIO Y SE ENAMORO DE SU MAMA. LA QUE TERMINO —COMO EN LA OBRA— PONIENDO EL CONFESIONARIO EN EL BAÑO DE SU CASA. UN DESNUDAMIENTO EN PUBLICO DEL AUTOR DE "TRES MARIAS Y UNA ROSA" Y DE "PEDRO, JUAN Y DIEGO."

En 1968 participó en la creación de la Vicerrectoría de Comunicaciones de la Universidad Católica, en plena Reforma, y si no fue el vicerrector propiamente se debió, tal vez, a que entonces tenía apenas 26 años. En cambio, fue director general: un director con generales atribuciones.

Ya entonces postulaba que la Vicerrectoría debía tener autonomía con respecto a los grupos políticos que había en la universidad. Que si bien tenía que ser una expresión de la Reforma, debía mantener un nivel de independencia.

Ese personaje difícilmente encajable es el que le da vida a la obra que todas las tardes, en el Teatro Camilo Henríquez, recrea un momento reciente de la historia de Chile: 1972 y la Unidad Popular. Jaime Vadell es el encargado de orquestar los movimientos de los actores. Aparte del santo de yaso, Sebastián de Yumbel, los intérpretes son Cristián Campos, Claudia de Gálvez, Cristián García Huidobro, Rodolfo Bravo, Mauricio Petrucci, Aldo Bernalde y Tito Villegas. A veces muy subidos de tono en el garbado, mueta que no le agrada mucho a los personajes y a los fantasmas que a través de años cobraron vida en el interior de David Benavente.

LAS OBSESIONES DE UN JOVEN DE CUARENTA AÑOS

—¿Este "Tejado de Vidrio" es o no es una autobiografía?

—Yo creo que partí como una semiautobiografía en la medida que yo tomé muchos elementos de una realidad que viví. No solamente de trabajo, sino también de una serie de contradicciones que siempre he tenido en términos de militar en un grupo o de ser una persona independiente. Por último, también hay en la obra algo de mi experiencia afectiva. De todo eso tuve material

como para iniciar una obra de teatro, pero ésta no me resultaba en la medida que era demasiado apurada a mi propia vida. Sólo cuando pude distanciarme y supe, en alguna medida, esos problemas la obra cobró vida propia.

—¿Un especie de psicoanálisis?

—Yo diría que una suerte de confrontación conmigo mismo. Trabajé muchos años en esta obra y si ahora leo algunas versiones pasadas descubro distintos momentos de mi vida. Algunas reflejan estados de tremenda confusión y de una cosa muy quejumbrosa. Después pude ir limpiando esa quejumbra y llegar a esto que creo que ya está presentable.

—¿De qué se quejaba?

—De lo que pasaba en el país, de que me hubieran echado de la universidad, de mis problemas afectivos. Y estaba utilizando la obra para subrayar estas cosas, lo que en definitiva es muy feo.

—¿Se podría decir que este "Tejado de Vidrio" deja ver las obsesiones de un joven de cuarenta años?

—A los cuarenta años yo me siento muy joven, pero también me siento en una edad muy buena para poder reflexionar sobre lo que fue mi vida y también la de una generación. Un intento no premeditado —porque sería muy pedante— de reflejar a una generación porque, después de todo, yo soy de ella el único que escribe teatro en este país.

—En la obra hay primero que nada una historia personal. Hay una mamá que abandona. ¿Parece así?

—Yo encuentro que siempre hay un abandono de las mamás, que puede tomar distintas formas. Hay separaciones que ocurren,

que a uno lo dejan bastante marcado y con las cuales se vive mucho tiempo hasta poder superarlo. Y cuando uno las supera puede escribir sobre ellas. Cuando me refería al tono placido me estaba quejando también de esas separaciones, de la mamá, de la mujer.

—A los cuarenta años sigue soltero. ¿Todavía no confía en la mujer?

—En este momento yo me siento bastante casado y matrimonio mi libertad, que era algo que me obsesionaba: cómo mantener una relación y estar al mismo tiempo juntos y libres, aunque parezca un cliché. No estoy casado legalmente, pero yo diría que por razones exclusivamente funcionales. Si tuviera que hacerlo no tendría ningún problema sí. En cambio, creo que los habría tenido a los treinta y cinco. La decisión ha tomado su tiempo.

—¿Pare también un tema de su generación este del matrimonio?

—Mis amigos del colegio y de la universidad se casaron muy jóvenes. Yo me acuerdo que se iban casando y yo iba quedando como el único posible. Incluso a veces para las señoras de mis propios amigos. Aunque suene pretencioso, me fui transformando en una persona muy posible, más por el hecho de ser soltero que por mis cualidades. Al final de los sesenta vino una ola de separaciones impresionante y la razón general fue haberse casado muy jóvenes. No sé si fue un problema de madurez individual solamente, porque la madurez tiene que ver también con lo que está pasando en una sociedad. Y en ese momento nuestra sociedad estuvo muy alterada por las situaciones lógicas de cambio que estábamos viviendo.

—¿De dónde surgieron las obsesiones sexuales que aparecen en la obra en múltiples formas?

—Yo me formé en una cultura católica y en relación al sexo eso marcos muy fuertemente. Todos los que hemos estado en colegio católico lo sabemos. Por eso hay un confesionario en la obra. Cuando yo tenía unos trece años ese confesionario no tenía otro significado que el sexo. De lo único que uno se confesaba era de los pecados sexuales.

—¿Era un problema general?

—Lo averigüé después de un tiempo, porque en esa época tenía lo que llamábamos "la conciencia escrupulosa", que era esta obsesión de que en cualquier momento uno podía cometer un pecado sexual. Pecado de pensamiento, ni siquiera de acción. Y que si uno lo cometía se iba derecho al infierno. Era una cosa atroz. Y yo no creo que fuera un caso de neurastenia mía y nada más, sino que en esa neurastenia se expresaba una situación que era más general.

Todos tenemos tejado de vidrio y si no lo reconocemos no se puede empezar a dialogar : [entrevista] [artículo] Malú

Sierra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Benavente, David, 1941-Autor secundario:Sierra, Malú

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Todos tenemos tejado de vidrio y si no lo reconocemos no se puede empezar a dialogar : [entrevista]
[artículo] Malú Sierra. retr .

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile